

J. Lagos Lisboa

Evocación provinciana

Con Domingo Melfi desaparece un espíritu penetrante y jovial. Amó la vida y los sueños, buscando en aquélla sus luces más vivas y en éstos sus más puros latidos.

Era un alma fresca y esperanzada, predispuesta al devenir ineluctable, cierta de superar los embates intermitentes de las nuevas marejadas y de alcanzar el resplandor de otras amanecidas.

Alegre o taciturno, siempre hubo en él, en el fondo de él, una reserva de seguridad y optimismo contagiosos. Su presencia y sus palabras hacían bien, porque de ellas trascendía la evidencia de ilusiones en vigilia permanente.

Le conocí en los albores de sus escarceos literarios, aquí, en Santiago, para hallarle después en Talca e intimar en comunidad de afectos e ideales durante largos años. El recogimiento de la vida provinciana aquilata y transparenta las calidades humanas. Allí, en un grupo de cuatro o cinco amigos, allegamos comunes afanes

y nos comprendimos. Allí vimos desmadejarse nuestros mejores años y nuestros mejores sueños, marginados apenas por el comentario displicente o ilusionado de todos los días, ya en los crepúsculos de la Plaza o a la orilla de los ríos, o ya en la tertulia de una sala de redacción.

Aníbal Jara ha evocado con serenas pero nostálgicas palabras aquellas lejanas horas del «café de la media noche», allá en «La Actualidad», el diario que él redactara, y adonde solía llegar, recién venida de sus predios ribereños, plena de simpatía y fervor, la estampa maulina de Jorge González.

Por aquel tiempo, Domingo compartía sus horas en el ejercicio de su profesión y la lectura. Novelas y poesía. Lo de Francia, especialmente. Y la necesidad de leer llegó a imponérsele en tal forma que acabó por dejar sus labores dentísticas para dedicarse sólo a las letras. Ingresó, así, a la redacción de «La Mañana» y dirigió poco después «La Zona Central». La base de su extensa cultura literaria se la formó en Talca, en donde leyó y leyó incansablemente.

Elegante en su figura y en su verba, suscitaba en torno suyo simpatías y admiración. Leía y recitaba muy bien. Su voz llegaba al auditorio, velada, casi sin timbre, como si antes de percibírsela hubiérase humedecido en íntimas zonas. Las mujeres le escuchaban conmovidas los versos de Villaespesa, uno de sus poetas dilectos de aquellos días y a quien más tarde habíamos de conocer personalmente en Talca.

Gustábale caminar por arbolados y carreteras, pero al mismo tiempo esto solía resultarle mortificante para su cuidadoso vestir. En los frecuentes paseos al río Claro, a cada media cuadra del ancho camino polvoroso, Domingo se detenía a sacudirse el traje y los botines, protestando de nuestra malévola intención de reempolvarlo aun más taconeando festivamente a su lado.

Un día Jorge González nos escribió invitándonos a una cacería de leones. Los felinos estaban asolando la región y urgía el exterminio. Se fijó el día de la partida y preparamos los arreos del caso. Aníbal Jara despachó previamente un fotógrafo de «La Mañana» a esperarnos en casa de Jorge, listo para seguirnos y captar los más espeluznantes detalles de nuestras presuntas hazañas cinegéticas por las quebradas y serranías del ultra Maule.

Y una mañana de primavera, Jara y yo, bien aperados de poncho y polainas de montar, llegamos a la Estación a tomar el tren a Infiernillo. Luego llegó Domingo. Venía impecable: tenida azul-marino, flamante; zapatón rebajado (una novedad en aquel entonces) y calcetines de seda...

Menos mal que el almacén de prodigalidades de Jorge proveería más tarde el equipo adecuado.

Poeta de la prosa, sensitivo y vibrante, catador feliz de la realidad y el ensueño, artista predestinado

para altos vuelos, amigo cordial, ha caído cuando cabía esperar lo mejor de su obra. Cuando su madurez creadora y su serenidad mental debían, lógicamente, superar sus valiosas experiencias anteriores como crítico y como ensayista.